



# PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

## Mitos y verdades del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, 75 años después

Publicado ONLINE en:

<http://www.revistacriterio.com.ar/cultura/mitos-y-verdades-del-xxxii-congreso-eucaristico-internacional-75-anos-despues/>

Miranda Lida\*

[Copete] *A mediados de octubre de 1934, Buenos Aires declaró asueto para la administración pública. Incluso la Universidad de Buenos Aires cerró sus puertas. La causa: la celebración del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, del cual se acaban de cumplir sus 75 años. El evento tuvo una repercusión que excedió con creces lo meramente religioso. Aquí se retrata la fiebre a la que dio lugar en buena parte de la sociedad argentina, a fin de comprender las condiciones que hicieron posible que aquel congreso alcanzara las dimensiones de un mito.*

Manuel Gálvez, un hombre de cuyas credenciales católicas es imposible dudar, escribió que el Congreso Eucarístico Internacional “fue una épica manifestación de religiosidad y no hay para qué decir cómo esos acontecimientos influyeron en mi vida. Fui dichoso en esos días, *no obstante las molestias nerviosas que me producía el verme entre aquellas gigantescas multitudes*”<sup>1</sup>. ¿Por qué un católico tan fervoroso pudo sentir tal incomodidad en la fiesta católica más grande que tuvo el país en todo el siglo XX? Responder esta pregunta es un modo de comenzar a rasgar el mito del Congreso Eucarístico Internacional.

Porque, en efecto, hay una poderosa leyenda que refiere a una época dorada en la que la Argentina era plenamente católica, leyenda alimentada a lo largo de años a través de sucesivos congresos en los que se rememoró con nostalgia el de 1934. Y no sólo los congresos. El himno de 1934 tenía un estribillo fácil de tararear (“Dios de los corazones / sublime Redentor / domina a las naciones / y enséñales tu amor”) y se siguió cantando por décadas, y por generaciones, incluso hasta el día de hoy, en actos escolares y en fiestas religiosas de todo tipo. El escudo, a su vez, fue utilizado una y otra vez en cada congreso. Así, 1934 permaneció viviente y se fue transformando en un mito.

---

\* Historiadora. Profesora en la Universidad Torcuato Di Tella y en la Universidad Católica Argentina. Investigadora en el Conicet.

<sup>1</sup> Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Taurus, 2002, vol. II, p. 221

Están además las fotos. Los registros visuales, con sus grandes panorámicas, dieron una pauta de las dimensiones de un evento que movilizó multitudes inconmensurables. La imagen del cardenal Eugenio Pacelli, junto al general Agustín P. Justo, fue otra de sus postales más emblemáticas. Buenos Aires no tuvo la suerte de recibir la visita del Papa Pío XI en 1934, pero no por eso las celebraciones se vieron opacadas. Mares de gente recibieron con aclamaciones al cardenal y luego observaron el detalle de sus vestiduras en las fotos publicadas en los diarios.

Claro que el público también tomaba fotos por su cuenta, que luego quedarían incorporadas al álbum familiar. Ayudaban a fijar el evento en la memoria. Están también los álbumes que se vendían como recuerdo: los había en edición de lujo con filete dorado y tapa acolchada, pero también más económicos. Había uno para cada bolsillo, cada consumidor. También los pins de bronce con el logo del Congreso tenían una función que cumplir: se usaron masivamente en las solapas de abrigos y camisas y se despolvaron en cada nuevo Congreso, para luego quedar olvidados en el joyero de la abuela.

Hasta aquí, los signos visibles, aquellos capaces de permanecer en la memoria, de un suceso que desbordó —el lector puede ya vislumbrar— lo específicamente religioso. El XXXII Congreso Eucarístico Internacional fue mucho más que la celebración de la Eucaristía; fue todo un mega-evento digno de un país moderno como era la Argentina de los años treinta.

Y sabía a fiesta, puesto que el país había sido seleccionado para ser la sede de un acontecimiento tal. Los Congresos Eucarísticos no se celebran en cualquier parte del globo. Las ciudades se eligen con cuidado, más o menos como hoy se organiza un Campeonato Mundial de Fútbol. O las Olimpiadas. En 1934, era la primera vez que en Sudamérica se hacía algo así. Fue considerado un honor, tanto para Buenos Aires como para el país entero. Así se desató aquella fiebre eucarística que tan incómodo lo hiciera sentir a Gálvez.

### *Los antecedentes*

El arzobispo Mariano Espinosa inició las gestiones ante el Vaticano para convertir a la Argentina en sede de un congreso católico internacional mientras el país se preparaba para celebrar el Centenario de la Revolución de Mayo. “Tengo la intención de celebrar un Congreso Eucarístico Internacional en mi ciudad”, escribió a Roma en 1905. Pero no tuvo éxito. Y en 1916, mientras se celebraba el Centenario de la Independencia, la iniciativa se limitó a organizar el Primer Congreso Eucarístico Nacional. Este primer hito sirvió de antecedente para repetir las gestiones después. Así, ya en los años veinte, el arzobispo fray José María Bottaro retomó la iniciativa de su predecesor hasta que, finalmente, en 1932 se recibió desde el Vaticano la noticia de que Buenos Aires sería la sede del siguiente Congreso Eucarístico, a celebrarse entre los días 10 y 14 de octubre.

Las gestiones argentinas se aceleraron, en especial, luego del XXVIII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en la ciudad de Chicago en 1926. Era la primera vez que Estados Unidos era sede de un evento de estas características. Corrían los años de la posguerra y el papel de los Estados Unidos en el mundo se afianzaba. El Congreso de Chicago tuvo amplia repercusión en la Argentina, tal es así que el diario *La Nación* le dedicó un suplemento especial. Las imágenes mostraron una ciudad capaz de albergar millones de visitantes. Lo mismo debía hacer la Argentina. La enseñanza que dejaba el Congreso de Chicago —uno de los más modernos de su tiempo— era que sólo una gran ciudad y, por ende, un gran país podían organizar un gran Congreso Eucarístico.

La designación vaticana confirmaba, así, el puesto que el país ocupaba en el mundo. Los estrechos contactos que la Argentina había establecido con Europa desde fines del siglo XIX pesan a la hora de explicar por qué la Argentina resultó seleccionada. Esos contactos se traducían en frecuentes viajes de un lado al otro del Atlántico —algunos ya antológicos, como el del Plus Ultra—, inmigrantes, inversiones y abundante comercio que iba y venía.

Además, el Congreso ayudaría a mejorar la imagen que el país brindaba al extranjero. Al igual que Chicago, la temible ciudad de la mafia, también Buenos Aires tenía sus barrios de mala fama, y sus malevos, comenzando por Palermo, el propio epicentro del Congreso Eucarístico en 1934. La promesa de dejar atrás el arrabal ya había comenzado a hacerse oír a partir del entubamiento del Maldonado. Con el apoyo del gobierno nacional y de la ciudad, el Congreso completaría la obra. Y, así, se extendería por la ciudad entera. Buenos Aires debía lucirse de día y de noche. Y se organizaron ceremonias nocturnas en la Plaza de Mayo que permitieron exhibir, cuidadosamente iluminados, los edificios más importantes del centro. Pero por las dudas, sin embargo, las confesiones de medianoche se hicieron sólo para los hombres.

Sea como fuere, no había precedentes para un evento así. Casi no cuenta, en este sentido, el Congreso Eucarístico Nacional de 1916, puesto que —a pesar de su nombre— fue un evento de dimensiones porteñas, y nada más, que se desarrolló en la Plaza de Mayo y la Avenida. El de 1934 en cambio se desarrolló en toda la ciudad al mismo tiempo, con gente procedente de todo el país, e incluso del extranjero. Sus escenarios más característicos fueron el puerto —donde se recibía a los visitantes—, la Plaza de Mayo, la iglesia del Pilar en la Recoleta y el altar montado sobre el Monumento de los Españoles, en la confluencia de las avenidas Libertador y Sarmiento. El lugar ya había demostrado todo su potencial en ocasión de los actos de su inauguración en 1927. Sólo se trataba de aprovechar al máximo la perspectiva que ofrecía el cruce de aquellas avenidas y todo quedaría dispuesto para que se desatara la “fiebre” eucarística.

### *Frenesí*

Como los Campeonatos de Fútbol o las Olimpíadas, el Congreso Eucarístico tuvo sus sponsors publicitarios, entre los que se contaban las industrias más modernas de la época. Las cervezas y maltas Bieckert, Palermo o Quilmes; los cigarrillos Chesterfield; las empresas de electricidad y transporte (distintos ramales del ferrocarril, petroleras como YPF, Texaco o Shell, y el Automóvil Club); las tiendas comerciales más tradicionales (San Miguel, La Piedad); las casas de fotografía que vendían las cámaras para registrar el souvenir; los bizcochos Canale, los bombones La Gioconda o los dulces marca Noel (de membrillo, batata o de leche) que servirían de regalo para los que no pudieron viajar; las tarjetas postales conmemorativas, que se vendían en los kioscos de diarios; los sellos postales emitidos por la compañía de Correos; las lapiceras que servían a su vez de souvenir, puesto que llevaban impreso el logo del Congreso; los dijes, las cadenitas, los pins y los prendedores... Algunos de estos objetos los vendía la elegante joyería “Escassany” que supo salir al mercado con ofertas económicas para el bolsillo de la gente común. Existía un mercado interno en completa ebullición.

La gente iba de compras y viajaba: las dos cosas suelen ir juntas en el moderno turismo de masas. Basta con consultar la *Guía Oficial* distribuida en 1934 entre los visitantes del Congreso para advertir cómo los propios organizadores recomendaban los paseos turísticos a La Plata, Luján o Tigre, con sus respectivos museos, parques y calles

comerciales. Por algo se adjuntaba el croquis de la red de ferrocarriles. Incluso se sugerían excursiones más largas a las sierras de Córdoba, las cataratas de Iguazú, San Carlos de Bariloche o Mar del Plata. El paseo más común fue el de Luján; la Basílica, el Museo Histórico en el edificio del viejo cabildo, el Río Luján y el paseo campestre eran sus atracciones.

El viaje se hacía en tren, a tarifas subsidiadas para los peregrinos —para el caso, turistas—. Estos llevaban, para su comodidad, una libreta —similar a la Libreta Cívica, con su tapa de cuero, pero de menor tamaño— en la que se registraba el domicilio en el que se albergaba el pasajero y los servicios de trenes contratados. Las empresas de ferrocarril vendían “paquetes” para los viajes de media y larga distancia. Lo mismo cabe decir del transporte urbano. Se vendían abonos de tranvía para 9 y 15 días corridos, a 4 y 7,50 pesos respectivamente. En Buenos Aires era la alternativa más recomendada. Los colectivos funcionaban desde los años veinte, pero eran tan estrechos e incómodos en sus primeros tiempos que las mujeres no osaban subirse a ellos.

Los restaurantes, a su vez, ofrecían tarifas especiales para quien se identificara como congresista. La Sociedad Rural, en las proximidades del gran altar de Palermo, había dispuesto comedores donde cada comida costaba 1,50\$ pesos. Todo estaba previsto.

Pero la capacidad hotelera de la ciudad no estaba del todo preparada para recibir tan gran número de visitantes. Se ofrecieron en alquiler habitaciones en casas particulares, sobre la base de un registro confeccionado con antelación por los organizadores. Los precios no eran caros, pero las comodidades no siempre eran las mejores. Los que viajaban en grupo podían negociar mejores precios, pero las habitaciones de todas formas había que compartirlas y era raro contar con baño privado.

Las grandes figuras invitadas al evento, comenzando por el cardenal Pacelli, se alojaron en las mansiones particulares de grandes damas de la sociedad porteña como Adelia Harilaos de Olmos o María Unzué de Alvear, donde se los atendía a cuerpo de rey y se les preparaban agasajos. Si hubieran ido a un hotel, no se habrían encontrado ni tan confortables ni tan bien atendidos, puesto que no había servicios de hotelería *premium* —diríamos hoy— en la Buenos Aires de los treinta. Los grandes apellidos terratenientes jugaron un papel decisivo en toda la organización del evento. El esplendor del Congreso fue en cierta medida un reflejo del suyo: la custodia monumental que se lució en la procesión de clausura había sido adornada con las joyas donadas por las grandes damas porteñas.

Con todos estos ingredientes, la repercusión del Congreso fue inmediata. Los más importantes periódicos (*La Nación*, *La Razón*, *Caras y Caretas*), así como también la radio, dieron cuenta del evento. Los diarios y revistas publicaron números especiales con una importante producción fotográfica; la voz de Dionisio Napal —la “voz del Congreso”— inundó el éter con la transmisión radial de las ceremonias. Y la cámara de cine, que ya se había utilizado en el Congreso Eucarístico de Rosario en 1933, registró las voces y los rostros de las multitudes de esas fechas.

Llegamos así, por fin, a lo más importante: la gente. Imposible dar cifras precisas de las dimensiones de aquellas multitudes. Había interminables columnas de mujeres y hombres. Si bien el catolicismo ya le estaba dando un importante lugar a la mujer, era inconcebible en los años treinta que las columnas de ambos sexos se entremezclaran, como ocurre hoy en la peregrinación juvenil a Luján. Cada cual tenía su lugar asignado con antelación (esto también se estipulaba en la libreta ya mencionada). Se los podía distinguir por sus atuendos: los cardenales con sus capelos; los cocheros que los llevaban, de librea; los militares de rango, con sus uniformes de gala; los sacerdotes, con sus albas y casullas; las niñas de comunión, de vestido blanco; los niños de asilo, con sus trajecitos típicos; el hombre de la calle, de traje y sombrero; las mujeres, con la

cabeza cubierta con mantilla. Y los altoparlantes pautaban todo el tiempo lo que se debía cantar y rezar. “Viva el cardenal Copello”, “Viva Cristo Rey”, gritaba Napal desde el micrófono. “¡Viva!”, replicaba de manera casi automática la muchedumbre.

Se habló de un millón de personas, y quizás más. Había quienes iban por su cuenta, para curiosear, y se colocaban a los costados. No sabemos su número con precisión. Sea como fuere, no era para desdeñar. Hubo gran cantidad de visitantes extranjeros con sus respectivas comitivas oficiales, tanto de países limítrofes como de Europa, e incluso hubo pequeñas delegaciones armenias, eslavas, croatas, japonesas, etc.

Pero los más fueron, sin duda, los visitantes del interior del país que descubrieron Buenos Aires en sus diferentes facetas, incluso como paseo. Buenos Aires atraía, cómo dudarlo: se ingresaba en la época de las grandes migraciones internas. Una serie de congresos en miniatura, celebrados en parroquias, pueblos y ciudades a lo largo del país, preparó el clima. Los más importantes fueron los de Córdoba, Rosario y Tucumán en 1933. La atracción que ejercía Buenos Aires era demasiado poderosa.

La ciudad, por su parte, sacó a relucir lo mejor de sí: sus parques, sus museos, sus edificios públicos, sus anchas avenidas, su iluminación eléctrica, sus tranvías, su obra pública, sus medios de comunicación de masas, su radio, sus modernas tiendas comerciales —todo un atractivo de por sí—, sus restaurantes. En pocas palabras, su modernidad.

Por unos días, la modernidad urbana de Buenos Aires se hizo Congreso Eucarístico.

### *Conclusión*

No debe exagerarse el carácter excepcional del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, aunque la nostalgia puede hacerlo distorsionar, perdiendo la perspectiva que ofrece la historia. Se lo recuerda como un momento apoteótico para el catolicismo argentino, pero lo notable del caso es el modo en que excedió con creces la dimensión de lo religioso. De ahí su relevancia histórica. Se hizo eco de la presión de las masas por ocupar espacios cada vez más prominentes en la vida pública y social. Fue esto —precisamente— lo que tanto incomodó a Manuel Gálvez. Esta presión se hacía sentir por doquier. Buena parte de Europa, los Estados Unidos, e incluso la Unión Soviética, verificaban este fenómeno que no parecía depender de ningún tipo de orientación ideológica precisa. De lo que se trataba era de la irrupción de las masas en la vida pública. La Argentina se dirigía también en esta dirección.

El Congreso Eucarístico Internacional no fue sólo un reflejo de la fe de los argentinos, o siquiera producto de la voluntad o el poder de las autoridades eclesásticas o políticas de antaño. Fue producto de una combinación única de infinitos factores históricos (políticos, económicos, sociales y culturales) propios del contexto local, nacional e internacional. La fe y la buena voluntad de los hombres no bastan por sí solas para hacer la historia. Primero que nada están las condiciones que derivan del contexto, condiciones que son relativamente independientes de la voluntad de los hombres, por más grande que esta sea. El Congreso Eucarístico Internacional de 1934 fue un complejo producto histórico. No podría decirse otra cosa.